

Introducción: ¿para qué un libro como este?

Prácticamente todos los días oímos o leemos alguna noticia relacionada con temas medioambientales, ya por la constatación de su deterioro, ya por ver cómo afecta a la salud humana. Por desgracia, son tan frecuentes las alarmas sobre el cambio climático, la hambruna o la escasez de agua en algunas zonas del planeta, que se corre el riesgo de pensar que es un proceso imparable, considerando que los ciudadanos de a pie no podemos hacer nada para mitigar este proceso de agotamiento, degradación o poco equitativa distribución de recursos.

Si todavía los problemas ecológicos no nos afectan –porque no influyen directamente en nuestra salud, estado de alimentos, economía diaria o fuente energética–, podemos ingenuamente pensar que son exagerados o que están impregnados de carga ideológica o política, siendo difícil acceder a los datos objetivos. Por otra parte, los términos «sostenible», «ecológico» o «medioambiental» se emplean de forma indiscriminada o incluso como si fueran

sinónimos entre sí, hasta el punto de que pueden resultar confusos o vacíos de contenido.

Desde que empezó la alarma ambiental hacia 1970 hasta la actualidad, ha habido una evolución cultural en las cuestiones medioambientales. Lo que en un inicio se consideraba como un problema aislado, por ejemplo por el agotamiento de un acuífero, la contaminación de un río o la extinción de una especie, es visto cada vez más por parte de la ciudadanía general como problemas complejos y muchas veces transfronterizos, que al suponer un deterioro de los recursos naturales repercuten negativamente en la economía y en la salud humana. En varias décadas se ha desarrollado una mayor cultura y una sensibilidad ambiental, y se es cada vez más consciente de que estos problemas, no son solo ecológicos, sino que tienen también implicaciones sociales y económicas.

1. PROBLEMA DE TÉRMINOS: ¿ENTORNO, ECOLOGÍA, MEDIO AMBIENTE O SOSTENIBILIDAD?

En cuarenta años la terminología para referirnos a las relaciones entre el ser humano y el ambiente natural, ha evolucionado, pero no por ello se ha asimilado o comprendido en profundidad. Las cuestiones medioambientales que en los años setenta se consideraban como periféricas a las personas porque se veían como distantes y en los términos empleados se utilizaban los sustantivos «en-

torno» o «ecología» se han ido sustituyendo progresivamente por «medio ambiente» con una consideración más global (ambiente natural y ambiente humano) en la que este «ambiente» no es algo periférico a las personas, sino que se advierte cada vez más que el ser humano está integrado en él. Actualmente se emplea con más frecuencia el término de «sostenibilidad» que supone la integración de las dimensiones ecológicas, sociales y económicas, de las acciones individuales o colectivas.

El concepto de *desarrollo sostenible*, introducido como se describirá más adelante a través del informe de la Comisión Mundial Para el Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU, conocido como *Informe Brundtland* en 1987, propone un desarrollo humano que tenga en consideración las generaciones futuras. A partir de este momento parece que deja de haber oposición entre desarrollo humano y conservación del medio ambiente. El informe plantea compaginar el progreso económico y social con la conservación de los recursos naturales. Se pueden satisfacer las necesidades de la generación actual, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para cubrir las suyas¹. Si hasta finales del siglo XX, un mayor consumo de recursos había supuesto una mejora en la calidad de vida de las personas, asociada a un progreso humano, los datos del *Informe Brundtland* revelaron, por el contrario, que el

1. Cfr. COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO, *Nuestro futuro común*. Madrid: Alianza, 1988, 67.

actual ritmo de consumo de recursos y la degradación de los mismos, estaba aumentando la pobreza y la vulnerabilidad de millones de personas en nuestro planeta.

El estudio mostró la relación entre el deterioro medioambiental, la economía y la salud humana, actual y futura. El concepto de desarrollo sostenible aporta una visión de solidaridad intergeneracional en el uso de los recursos de la tierra. Lentamente y con no pocas dificultades semánticas, se va comprendiendo que la sostenibilidad engloba como mínimo las dimensiones ecológica o medioambiental, económica y social, de tal manera que no es sostenible un desarrollo que progrese en alguna de estas dimensiones, en perjuicio de las otras. Así lo recoge la *Ley de Economía Sostenible*, que entró en vigor en España el 5 de marzo de 2011:

Sostenible en tres sentidos: económicamente, esto es, cada vez más sólido, asentado en la mejora de la competitividad, en la innovación y en la formación; medioambientalmente, que haga de la imprescindible gestión racional de los medios naturales también una oportunidad para impulsar nuevas actividades y nuevos empleos; y sostenible socialmente, en cuanto promotor y garante de la igualdad de oportunidades y de la cohesión social².

Por tanto, el desarrollo humano no será sostenible, si los recursos presentes se consiguiesen a costa de un ago-

2. BOE n. 55 (2011) 25.042.

tamiento de los mismos, sin dejar un relevo para las generaciones futuras. Tampoco es sostenible una sociedad que mejora económicamente perjudicando a otras. La sostenibilidad es una condición previa para que pueda haber un desarrollo humano integral.

2. PREJUICIOS EN TORNO AL CONCEPTO SOSTENIBILIDAD, ¿SON PROGRESISTAS LOS CONSERVADORES?

Se constata que la sostenibilidad no deja indiferente a casi nadie. En cafés de amigos, en foros de pensamiento y en las redes sociales se advierte que hablar de sostenibilidad no es un tema neutro, de conversación ligera, sino que enseguida genera polémica. La sostenibilidad como valor y comportamiento crea debate, porque supone un posicionamiento, una forma de entender el mundo y nuestra relación con el planeta. Los juicios sobre temas medioambientales conllevan una filosofía vital o ambiental (ecofilosofía) que en ocasiones se mezcla con ideologías políticas y creencias religiosas.

Parte de los prejuicios en torno a la sostenibilidad, puede provenir de asociar el comportamiento de cuidado de los recursos naturales, potenciar el uso de energías alternativas o reciclar los residuos, con un posicionamiento político. En su origen, el primer partido político que luchaba por la conservación del ambiente natural y denunciaba el consumo de la energía nuclear, fue el Partido Verde Ale-

mán, pero desde entonces (1979) hasta la actualidad los programas de los partidos han evolucionado mucho y hoy son todos los que admiten la evidencia de la degradación ambiental y tienen una agenda medioambiental.

El activismo medioambiental ha sido y está liderado por personas de muy diversa formación y nacionalidad. Encontramos científicos como Rachel L. Carson (1907-1964, Estados Unidos de América) o Vandana Shiva (1952-, India), abogados como Pablo Fajardo (1973-, Ecuador) que ha luchado y ganado el juicio contra la gran petrolera Chevron Texaco, que ha causado la muerte y enfermedad de gran parte de la población indígena de la Amazonia ecuatoriana. El periódico *El Mundo* ha realizado una selección de personas que considera «pioneros ambientales» y los agrupa en las categorías de líderes, emprendedores, sabios o luchadores. Muchas de estas personas nos resultan conocidas porque son políticos como Angela Merkel o Al Gore o el premio Nobel de la Paz como Wangari Maathai, pero otros muchos nos resultan totalmente desconocidos y no son noticia en los países occidentales ya que por fortuna todavía no hay crimen organizado por el acceso a los recursos naturales.

La Fundación Ambiental Goldam, con sede en San Francisco, ha premiado en abril de 2014 a seis activistas de diferentes continentes por su comportamiento comprometido en pro de la justicia ambiental. Entre ellos, la peruana Ruth Buendía, que después de superar el trauma del asesinato de su padre en manos de Sendero Lumino-

so, estudia y llega a ser la primera mujer que a los 27 años es elegida como presidenta de la organización indígena Central Asháninka del Río Ende (CARE) en la selva amazónica peruana. Ante la amenaza de la construcción de presas a gran escala que supondrían el desarraigo de comunidades asháninkas, Beúndia lidera una campaña y consigue frenar el proyecto de modo que los habitantes puedan permanecer en su tierra sin tener que desplazarse. Del continente africano es premiado Desmond D'Sa de Sudáfrica, que consiguió organizar a diversas comunidades pobres del sur de Durban, para conseguir el cierre de un vertedero de residuos tóxicos peligrosos que exponía a los habitantes cercanos a una contaminación química que afectaba a su seguridad y a su salud. También han sido premiados el biólogo Rudi Putra de Indonesia, el zoólogo ruso Suren Gazaryan, la norteamericana Helen Slottje o el indio Ramesh Agrawal. Todos ellos han tenido coraje y han sido capaces de luchar de una forma comprometida en pro de los derechos humanos, puesto que la lucha contra el deterioro ambiental está directamente vinculada con el desarrollo humano integral³.

Estas personas comprometidas por la justicia social y por la protección de la naturaleza como sustento de vida y de salud, pueden resultar lejanas a la realidad cotidiana

3. En la web de la Fundación se pueden leer y ver más detalles de cada uno de estos activistas ambientales: <http://www.goldmanprize.org/home> (consulta 20/04/2014).

occidental y se desconoce que muchos de estos activistas son perseguidos hasta la muerte. Según un informe de la ONG Global Witness⁴ en 2012 el número de asesinatos de activistas ambientales en el mundo ha sido de 147, pero por desgracia este espeluznante dato nos puede resultar desconocido y lejano a ciudadanos de la vieja Europa.

Por otra parte, no siempre es fácil obtener datos sobre temas ambientales de forma rigurosa. Como muestra, cabe recordar el hundimiento del petrolero *Prestige* acaecido en las costas gallegas el 15 de noviembre de 2002. En pocos días, lo que era una catástrofe ecológica que repercutía en la vida de muchas personas y en el deterioro de un medio natural de gran valor, se transformó en un problema político.

Las organizaciones ecologistas surgieron para proteger y defender recursos naturales como el agua, la tierra o los bosques y solo más tarde se constituyeron en agrupaciones que influyen en la normativa medioambiental y en la política. Así pues, existen organizaciones no gubernamentales (ONG), fundaciones y agrupaciones medioambientales de muy diferente naturaleza y escala. Desde grandes ONG internacionales como Greenpeace, el Fondo Mundial para la Naturaleza Wildlife Fund (WWF) o Amigos de la Tierra, que pretenden detener la degradación de la naturaleza y proteger la biodiversidad en todo

4. Se puede descargar el informe en lengua inglesa en la web: <http://www.globalwitness.org/sites/default/files/library/Deadly%20Environment.pdf>.

el planeta, u otras como BirdLife Internacional, que lucha por la protección de las aves y la conservación de ciertos hábitats naturales, hasta asociaciones y normativas legales que protegen una especie en concreto en peligro de extinción (como la protección de la tortuga mediterránea *Testudo hermanni* en las costas catalanas y baleares). Grupos que aparecieron localmente como reacción ante una agresión o problema medioambiental, más tarde se constituyen en una institución civilmente reconocida.

Si el movimiento ecologista tiene sus raíces en la conservación de los recursos naturales, la reducción de la contaminación y la preservación de la vida silvestre, ¿cómo el ecologismo se pasa a la política? ¿Qué relación hay entre unos sanos deseos de conservación del paisaje como fuente de belleza y de recursos hasta el ecologismo político?

El ecologismo político es una corriente ideológica del ecologismo, con la característica de que se identifica con corrientes antropocentristas, como ecocentristas (en las que el ser humano forma parte del medio natural) cuya filosofía se apoya en posturas anticapitalistas que promocionan un consumo mínimo u otras de justicia ambiental, que están más centradas en la lucha contra el racismo o la marginación de poblaciones pobres que viven en condiciones de deterioro ambiental como basureros, tierras contaminadas por residuos peligrosos o minorías étnicas que sufren la explotación de grandes empresas como petroleras o de extracción de gemas (por ejemplo los «brillantes de sangre»).

El ecologismo político no es un movimiento único, sino que en él convergen múltiples teorías y prácticas, como el pacifismo, el feminismo o la lucha por los derechos humanos. Aunque el fenómeno del ecologismo político sea multiforme y haya variedad de partidos políticos ecologistas, lo que todos tienen en común es ser «anti-dogmáticos». Andrew Dobson, catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Keele, especialista en teoría política y política verde, considera que el ecologismo político se inspira en un socialismo descentralizador, no autoritario, no productivista y de corrientes anarquistas⁵.

Analizar el origen, las influencias y las múltiples manifestaciones del ecologismo político o la política verde, está fuera del alcance de este libro y se aparta de mi especialidad; sin embargo, es lógico que el cuidado por el medio ambiente se traduzca en leyes y todos los partidos políticos, independientemente de su ideología, tengan actualmente un programa en materia de Medio Ambiente, Ordenación de Territorio y Sostenibilidad, Agricultura, Ganadería y Pesca, y esta temática no resulte un monopolio exclusivo de partidos de izquierdas como ocurrió en su origen.

Cuestiones tan complejas y globales como el cambio climático generan un fuerte debate político. En la Conferencia de la ONU sobre Cambio Climático celebrada en Copenhague en diciembre de 2009, se debatía sobre un

5. Cfr. DOBSON, A., *Pensamiento político verde*. Barcelona: Paidós, 1997.

conjunto de acciones como una economía basada en el ahorro de energía, el uso de fuentes renovables y un modelo energético menos dependiente de las energías fósiles (petróleo, gas natural y carbón) para mitigar el cambio climático. Algunos países muy contaminantes, como China y Estados Unidos, no están dispuestos a reducir su consumo energético; como consecuencia, esta postura afecta mayoritariamente a países pobres (por ejemplo los países subsaharianos), en los que las personas se encuentran en una situación de mayor precariedad ante un cambio climático (sequías, aumento de la temperatura, inundaciones, etc.).

En cuanto a las «etiquetas ideológicas» o prejuicios en torno a cuestiones ambientales o de sostenibilidad, también puede ocurrir, como sostiene el catedrático de Psicología Social y Psicología Ambiental Enric Pol⁶, que exista cierta «eco-fatiga» debido a una sobrecarga de mensajes en los que se culpabiliza a la gente por su mal comportamiento medioambiental o son demasiado apocalípticos lo cual genera escepticismo.

En ocasiones, se asocia la sostenibilidad únicamente a la gestión medioambiental y de una forma reduccionista se identifica exclusivamente con la selección y reciclaje de residuos o con las emisiones de gas de efecto invernadero, sin vincularlo a la persona. Por ejemplo, en la *Revista National Geographic* de mayo de 2014, Foley

6. Cfr. <http://www.sostenible.cat/> (27/12/2010) (consulta 18/12/2013).

reflexiona: «... cuando hablamos de amenazas para el medio ambiente, solemos pensar en coches y chimeneas, pero nunca en comida»⁷. El medio ambiente se identifica con la naturaleza en sentido bucólico o estético, como las fotografías de playas del Caribe de una agencia de viajes o las imágenes que podemos encontrar en Google de paisajes. En sentido negativo, el concepto de sostenibilidad se asocia a problemas de contaminación visibles como humo o acumulación de basuras. Invito al lector a hacer la prueba en Google Imágenes ante la búsqueda de «problemas ambientales» y comprobar que fundamentalmente aparecen fotografías de chimeneas, acumulación de basuras, vertidos de petróleo, incendios o desiertos rocosos. Todo esto son realidades visibles de problemas ambientales de contaminación, pero también hay otra realidad –también visible– que es la enfermedad, la desnutrición, la explotación humana o el aumento de «eco-refugiados» (personas que deben emigrar porque su medio de subsidio natural se agota o deteriora). Estas realidades sociales están directamente vinculadas con problemas medioambientales en muchas partes del mundo, pero que para la mayoría de los ciudadanos resultan invisibles la conexión que hay entre ellas.

Junto con informes de carácter científico-técnico como los del grupo de expertos del cambio climático

7. FOLEY, J., «¿Cómo alimentar a 9.000 millones?», *National Geographic*, mayo 2014, 11.

IPCC, conviven otras publicaciones de carácter divulgativo como *Una verdad incómoda* de Al Gore o *El ecologista escéptico* o *Las mentiras del cambio climático*. Estas dos últimas pretenden reflejar la visión contraria; la situación del planeta no es tan alarmante, quedan muchos recursos y es preferible tener una actitud escéptica ante las denuncias y alarmas medioambientales, porque estas suelen estar sobredimensionadas. Sostienen que si, a lo largo de la historia, el ser humano ha pasado por numerosas crisis y ha conseguido superarlas, mucho más podrá hacerlo ahora con la tecnología actual.

El mismo análisis de la situación ecológico-social está impregnado de carga ideológica. Por ejemplo, la cuestión del cambio climático que se hizo popular por el documental divulgativo de Al Gore y la publicación del Informe Stern, ha hecho correr mucha tinta y algunos autores dicen que los científicos han presentado datos erróneos o poco rigurosos (véase la obra de *Las mentiras del cambio climático* de Jorge Alcalde). Los detractores sostienen que la teoría sobre un calentamiento global es endeble, porque los climatólogos saben que a lo largo de la historia geológica el planeta ha cambiado muchas veces de clima. Si esto es así, ¿cómo acceder a datos reales no manipulados que no presenten una visión apocalíptica de la Tierra o, por el contrario, demasiado ingenua pensando que nuestros comportamientos individuales son insignificantes en la situación global y, por tanto, no se puede hacer nada para mitigar la degradación ambiental?

Desde mediados del siglo XX, la alarma procedente de movimientos ecologistas, el agotamiento de recursos y los problemas de salud vinculados a alteraciones ambientales advierten de que no puede continuar el ritmo de destrucción de la naturaleza. En estos momentos, todos los gobiernos del mundo son conscientes de la gravedad de la crisis ambiental y diseñan políticas ecológicas, más o menos acertadas, para salir de ella.

3. ¿QUÉ PRETENDO?

En este libro no pretendo analizar ninguna publicación en particular sino transmitir de forma sencilla la información suficiente para que el lector pueda hacerse cargo de lo que está pasando en el planeta, de tal manera que comprenda las relaciones entre las dimensiones sociales, ambientales y económicas de la sostenibilidad. A partir del entendimiento de la compleja situación planetaria, cada cual debe reflexionar sobre sus propios valores en sostenibilidad y hábitos de consumo y actuar de una forma responsable.

El planeta es el lugar en donde habita la humanidad y, por tanto, la tarea de cuidarlo nos incumbe a todos sus pobladores. Aunque no seamos empresarios o políticos, todos los habitantes del planeta somos consumidores y el uso de recursos cotidianos como alimentos, ropa, energía, agua, envases, papel, etc., produce un impacto en

el entorno. Conocer de dónde vienen los productos que consumimos, qué procesos han sufrido y cómo estos pueden afectar a las personas y al medio natural, así como el volumen y el tratamiento de los residuos que generamos indica información y responsabilidad como habitantes de un planeta con recursos limitados.

En la era de la información, no es excusable no cuestionarse el propio comportamiento o vivir ajenos al deterioro medioambiental, pensando que no nos afecta directamente o que no está en nuestras manos resolverlo o al menos mitigarlo. Al plantearme cómo debe ser mi conducta con relación al medio ambiente, me estoy cuestionando mi propia ética o moral ambiental. Los comportamientos que yo tenga, dependerán de lo que yo crea y de lo coherente que sea con mis convicciones. Consumo de una u otra manera, contaminao o no contaminao, evito y reduzco residuos, reciclo, etc., si estoy convencida como ciudadana, de la necesidad de actuar así y sé cómo hacerlo de forma correcta. En definitiva, si tengo razones y estrategias para hacerlo y me comporto en consecuencia. Las acciones que cada uno realiza con el medio ambiente y con las personas no son indiferentes, contribuyen a cuidar el planeta y a las personas, o no, y por tanto tienen un valor ético.

Las siguientes páginas quieren ser una invitación a la reflexión, al posicionamiento personal, libre –si es posible– de prejuicios y al compromiso ético.